

MEMORANDUM

DE LA

SOLEMNE VELADA LITERARIA

HABIDA EN EL COLEGIO DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS DE  
PÁTZCUARÒ, EL 9 DE DBRE. DE 1899

PARA CELEBRAR LA CORONACION DE

*Nuestra Señora de la Salud*



BT660  
.S2  
M44  
c.1

MORELIA

Imprenta y Encuadernación de Agustín Martínez Mier

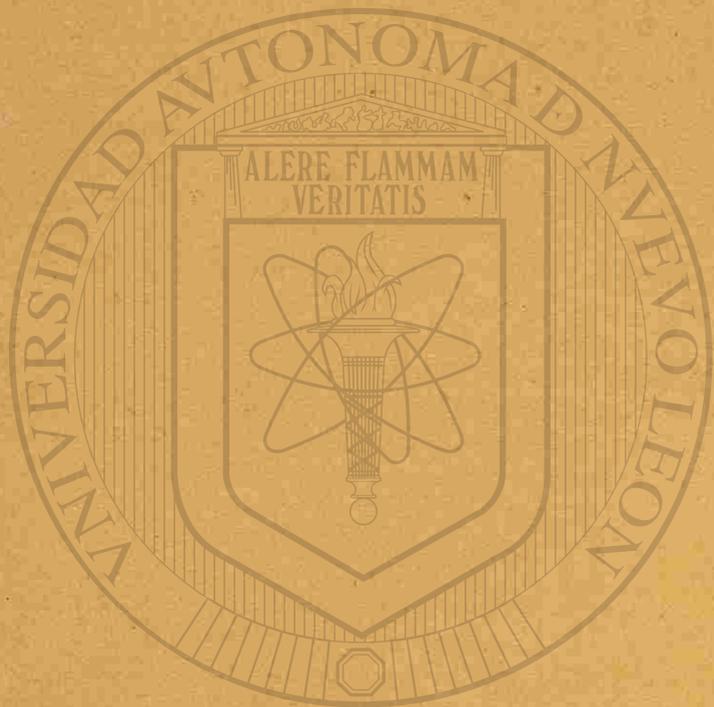
COMERCIO, NÚMERO 12

1900.





1080024829



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y DOCUMENTACIÓN



Para solemnizar la Coronación Canónica de la Sagrada Imagen de Ntra. Sra. de la Salud, la Junta organizadora dispuso una Velada artístico-literaria que arreglaron los Sres. Pbro. D. Rafael Nambo y D. Camilo Argüello, y el Sr. Lic. D. Octaviano Cortés, comisionados para ello por la misma Junta, la cual tuvo verificativo la noche del 9 de Diciembre del presente año, en el local del Colegio del Sagrado Corazón de Jesús.

El patio principal de dicho edificio se decoró convenientemente con rojas colgaduras de flecos dorados, colocáronse en los espacios que hay entre las pilastras superiores medallones con inscripciones alusivas á la Sma. Virgen María, tomadas en su mayor parte de la Sagrada Escritura, y se iluminó profusamente con candiles y candelabros que completaban el adorno.

A las siete de esa noche estaba henchido el salón de numerosa concurrencia, formada de los dignos sacerdotes de la ciudad y de los que de fuera habían concurrido á la Coronación, del Colegio Clerical de la Arquidiócesis, y de numerosas y distinguidas familias de Pátzcuaro y de otros lugares que fueron invitadas á tan solemne acto. A esa misma hora se presentó el Illmo. Sr. Arzobispo que no obstante su enfermedad, quiso presidir este homenaje á la que solemnemente había proclamado Reina, y siempre veneró como Madre. Acompañado S. S. I. de los Illmos. Señores Obispos de Querétaro y de Chihuahua, ocupó el elegante trono que se levantaba en la cabecera del salón, á su lado se sentaron los Sres. Prebendados Lic. D. Rómulo Betancourt y Lic. D. Manuel Hinojosa y en los asientos de la derecha los miembros del V. Clero.

La velada se verificó con total arreglo al siguiente programa

FONDO EMETERIO VALVERDE Y TELLEZ

125363

PROGRAMA.—1 *Noneto*, formado del Cuarteto Saloma (Sres. L. G. Saloma, F. Baltazares, F. Campa, R. Galindo), y Sres. J. Dessachy, S. Robles, A. Romero, V. Alvarado y C. Castañeda. Sport.

2 *Gioconda*. (aria) Ponchielli.

3 Discurso por el Sr. Lic. D. Octaviano Cortés.

4 *Rigoletto*. (fantasía) Bassi. Sr. Susano Robles.

5 Discurso por el Sr. Pbro. D. Camilo Argüello, Catedrático del Colegio del S. Corazón de Jesús.

6 Oda por el Sr. Pbro. D. Vicente de P. Hinojosa.

7 *Cuarteto de arco*. Grig—Cuarteto Saloma.

8 *Quinteto* (piano y arco) Dvorak—Cuarteto Saloma y Sr. J. Aragón.

9 Poesía por el Sr. Rector de este Colegio, Pbro. D. Rafael Nambo.

10 *Madre Salud y Reina. Estrofas*, por el joven D. Tirso Sáenz, alumno del Colegio del S. Corazón de Jesús de Puebla.

11 *Bohème*. (Solo Tenor)—Puccini.

12 Poesía alegórica del Sr. Lic. D. Rafael Gómez, socio de número de la Academia Mexicana correspondiente de la Real Española.

13 *Zigeuneweisen*. (solo de violín)—Sarasate. Sr. Luis G. Saloma.

14 Discurso por el Sr. Pbro. D. Francisco Banegas Vicerrector del Seminario de Morelia.

15 Himno á Ntra Sra. de la Salud, composición musical del Profesor D. Juan Girón.

La parte musical estuvo correctísimamente ejecutada: el Señor D. Luis Saloma, fundador de la música de Cámara en nuestra república, maravillosamente desempeñó el número, dejando sorprendida á la concurrencia con su magistral ejecución y con su notable modestia. D. Luciano Robles, profesor de clarinete en el Conservatorio de México, tocó con magnífica precisión y delicadeza, lo que le correspondió del noneto que abrió la velada; igualmente el Sr. D. Rafael Galindo profesor de *violoncello*, maestro de ese instrumento en el Conservatorio Nacional, interpretó magistralmente el *Ave María* con que concluyó el acto. El Sr. Dessachy, que según informes es el único que entre nosotros ha dominado las difi-

cultades del oboe, dió pruebas de su maestría, en el *sport* del primer número. El Sr. D. Rafael Ochoa cantó con maravilloso fraseo y soberbia entonación, el aria de la Gioconda del afamado Ponchelli, no desdiciendo de la merecida fama que alcanzó en los largos años que ha figurado en los elencos de la ópera italiana en la Capital del País. Por fin el Sr. Lic. D. Jesús T. Solórzano, organizador de esta audición, estuvo felicísimo en el *Ave María* que se dignó hacernos oír en vez del himno final que no pudo cantarse por dificultades del momento. Muy merecida es la fama que tiene dicho señor y poco ganaría con nuestros elogios. El y todos los artistas que en estas solemnidades tuvieron parte, dieron muestras no solo de sus conocimientos y aptitudes, sino sobre todo de su buena voluntad y exquisita finura.

¿Para qué decir algo de las composiciones literarias que ahí se escucharon, si su publicación es el principal fin de este *memorandum*? Solo haremos notar la magnífica disposición con que sus autores se prestaron para hacerlas; no dudamos de calificarla de piedad fervorosa, pues iban dirigidas sus obras, al culto de la Madre de Dios: algunos como el Sr. Lic. Gómez, benemérito de la causa católica de nuestro País, tuvo que vencer las dificultades de su edad y sus padecimientos, otros como el jovencito Sáenz, que solicitar licencia de los superiores del Colegio del S. Corazón de Puebla, y todos que dar de mano á sus habituales trabajos y ocupaciones. Pero la nota característica de todas estas fiestas había de ser y fué, la cordialidad y el sacrificio. ¡La Reina de la Salud, en cuyo honor trabajaron, habrá de recompensar sus homenajes!

Pátzcuaro, Diciembre de 1899.

### DISCURSO

POR EL SR. LICENCIADO D. OCTAVIANO CORTES.

*Ilustrísimos y Rmos. Señores: Señores:*

En el gran día de la solemne coronación de la Sagrada Imagen de la Salud, he querido traer un pensamiento que fue-

ra intérprete de los afectos de Pátzcuaro hácia la Reina; que fuera también expresión de la ternura que merece la Madre, y que al mismo tiempo proclamara la gloria de la excelsa Señora que se ha dignado habitar y regir nuestra ciudad como la de un pueblo amado. *In Jacob inhabita.*

¿Qué diré yo, incapaz de tan alta empresa, y más cuando el Verbo humano no alcanza ni á rastrear lo que el Verbo Divino ha obrado, elevando á María antes de todos los tiempos, ni alcanza tampoco á corresponder á la dignación del Hijo que nos dejó como madre nuestra á la que es suya por prodigioso esfuerzo de su poder?

Mas ya que estoy en esta tribuna, porque no podía rehusarme á tributar alabanzas á mi Reina, á quien siempre he amado; procuraré bosquejar, aunque torpemente, alguna de las glorias de esta belleza inmaculada que la Misericordia dió á luz, y manifestar cómo siendo tan grande y estando tan alta pertenece no, obstante, á la pobre humanidad como un don magnífico del cielo y en especial ¡oh dicha! nos pertenece á nosotros.

I

Solo la doctrina católica explica al hombre y satisface completamente la noble ansiedad que tenemos de conocer su principio, su destino final y la causa porque derrama tantas lágrimas y sufre tantos dolores en el transcurso de su penosa vida.

Compuesto de substancias heterogéneas que se excluyen entre sí, levantado por una hácia el cielo y arrastrado por otra hácia la muerte, presencia en cada uno de sus actos el resultado de un desorden que está en él únicamente, en contraposición al admirable orden que es evidente en las cosas que le rodean. Sólo él lucha, sólo en él hay rebelión tenaz é invencible que lo aleja de la deseada paz; y mientras que todos los seres caminan rectamente á su fin, sin desviarse, solo el hombre marcha á ciegas gustando todos los deleites sin hallar la satisfacción perfecta que aquiete sus deseos, y que dejen más vacío su corazón que hoy, como hace sesenta siglos, se muestra igualmente insaciable.

¿Será que el hombre es efecto del acaso? ¡Qué absurdo! Los efectos sin causa no los concibe su razón, y esta es su na-

turaleza específica. ¿Será que el Creador no le asignó un fin determinado? ¡Qué ignorancia y qué impiedad! ¿No asignaría un fin cierto el autor de la inteligencia, facultad que requiere para toda acción un objeto preconcebido?

Tiene, pues, el hombre un fin y los medios para llegar hasta él. ¿Por qué lo desconoce? ¿Por qué de sí mismo no produce sino el tormento y la desesperación?

¡Ah, Señores! la ciencia no lo sabe, y la fé nos lo enseña directamente y prestando los resplandores de su luz á la mutilada razón nuestra.

Por esto sabemos que en el principio, cuando resonaba aún la voz creadora y las cosas creadas entonaban en el Eden el primer himno de la mañana, el hombre desobedeció los mandatos de Dios, se reveló contra Él y desde ese instante perdió la luz que ilumina y enaltece el entendimiento y el amor que fortifica y recrea la voluntad; perdió de vista á aquella belleza eterna que lo sostenía con la esperanza de poseerla, y buscó en los bienes caducos el contento de su alma, bienes que, si seducen, no satisfacen.

Perdida la luz de la inteligencia, apareció en ella el error; perdida la esperanza, se extravió la voluntad y perdido el amor se asentó la soberbia en el corazón humano.

Esta lamentable ruina del primer hombre explica suficientemente el miserable estado de la humanidad, porque hemos recibido de él la herida mortal que recibió, de la que no sanaríamos si Aquel amor soberano que nos dió la vida, no hubiera remediado el mal con amor más grande aún que el primero.

Cuando la naturaleza humana se degradaba prefiriendo el bien sensible al bien infinito, instigada por el primer autor del pecado, la Clemencia y la Justicia se unieron para salvarla, presentando ante los ojos del hombre profanado, la sublime visión de su propia naturaleza, no solo purísima y perfecta como antes lo era, no solo amante y amada con fruición completa, sino, lo que es infinitamente más, unida inefablemente á su mismo Autor y recibiendo de él perfección tan grande, que hiciera verdad la promesa con que fué tentado. *Eritis sicut dii.*

Sí, Señores, en el mismo instante en que el primer hombre perdía para él y para nosotros, todos los dones del cielo, fué rehabilitado de modo tan prodigioso, que su naturaleza, de

humana se hizo en cierto modo divina, porque el Hijo mismo de Dios, tomándola como hijo también de Adán, la llevaría á sentarla á la diestra gloriosa del Padre.

¡Reparación que ideó y llevó á cabo el amor! ¡Enseñanza divina que hizo del castigo el remedio, y que dió al cielo y á la tierra el grandioso espectáculo de Dios abandonando la luz inaccesible en que habita, para asociarse á la pena que había fulminado contra la humanidad, para recibir los dolores y la muerte!

La astucia de la tentadora serpiente quedó vencida, y tembló su altanera soberbia al escuchar de la boca de su Juez, que habría de ser humillada por una mujer, su perpétua enemiga, de la que nacería Aquel que nos había de restituir los bienes perdidos en el Paraíso.

Esa mujer bendita había de dar su carne y su sangre para que en su seno formara el Espíritu de Dios al Primogénito de la nueva vida, de la vida rehabilitada, que no debe terminar y sí confundirse, digámoslo así, con la gloriosa vida del que eternamente es.

Concebida en la mente del Altísimo antes de que apareciera la primera aurora, anunciada cuando se otorgó el primer perdón, profetizada después, como un prodigio porque reuniría la virginidad y la maternidad en su sagrada persona; fué saludada como llena de gracia por un emisario especial de Jehová y consultada también para que diera su aquiescencia á los designios eternos, y ¡oh asombro! Ella entró á cooperar en el plan divino, se asoció á la Augusta Trinidad y engendró y dió vida al que la había creado, permaneciendo pura como purísimo era el fruto de su vientre.

Cierto que Ella tenía la sangre y la carne de Adán, tenía la misma naturaleza humana; pero, predestinada para ser madre del concebido en sus entrañas por obra del Espíritu Divino, no heredó la mancha que entenebrece nuestro ser, porque si nació en el tiempo, ya antes de todo tiempo había salido de la boca del Altísimo, quien la poseía antes de que hubieran sido creadas todas las cosas. *Ex ore Altissimi prodivi. . . Possedit me antequam quidquam faceret á principio.*

Poseerla desde el principio, es haberla predestinado para la mayor dignidad de que es capaz otro ser que no sea Dios mismo; pero otro ser que por gracia esté á tanta altura que pue-

da llamar verdaderamente Hijo al que el Eterno llama también Hijo con igual verdad.

Esta dignidad hizo inmaculada á la Madre del Esplendor de los Santos desde el primer momento en que ha sido; y ciertamente que hay aquí un hondo misterio que no sabré explicaros; solo sé que la gracia concedida no fué un perdón, porque nunca hubo culpa, sino un singular privilegio de Dios Omnipotente en vista de que María, según la bellísima expresión de Bossuet, es el mismo Jesucristo comenzado.

Meditad en esta palabra del genio, Señores, porque encierra un abismo de profundidad, no es arbitraria y sí tiene su apoyo en las Santas Escrituras. ¿No nos dicen, según testimonio de la Iglesia, que María es como la aurora, *quasi aurora consurgens?* ¿Y qué otra cosa es la aurora sino el comienzo del día, esto es, el mismo día comenzado?

¡Oh grandeza que no puede concebir nuestro entendimiento, ni menos expresarse con palabras de la tierra! ¡María desde el primer instante de su ser, nos muestra á nuestro Dios y á nuestro Salvador, y el Padre ya contempla á su Hijo hecho hombre desde que la madre es concebida!

Por esto Ella comparte con Jesús todos los gloriosos dictados con que El fué anunciado y es conocido.

Deseada de las naciones la proclamó Isafas, el profeta lleno de elocuencia, cuando exclamaba: *Cielos, envidad el rocío de lo alto, y las nubes nos den al Justo como una lluvia bienhechora; ábrase la tierra y germine al Salvador, y á la justicia con él.*

¿Y quién fué la cándida nube que envió al hombre la lluvia de la gracia y del perdón? ¿Quién la tierra fecunda que germinó al que borra los pecados del mundo?

María misma, que al pié del patíbulo en el Calvario, se hizo corredentora del linaje humano, cuando fué traspasado su corazón por la espada con que se armó la cólera del cielo para sacrificar á la víctima divina que expiaba nuestra culpa.

Así es que la gloria de la Madre no puede estar separada de la del Hijo para no truncar, permitidme la expresión, la admirable sabiduría que fulgura en la reparación que obró Dios haciendo aparecer al mismo tiempo su Justicia y su Misericordia, castigando aquella y perdonando esta al mismo culpable.

Necesaria, pues, nos es la Madre como necesario nos es el

Hijo para devolvernos la esperanza que nos abandonó el día funesto en que dejamos de mirar hácia lo alto para mendigar humillados los insulsos alhagos de los seres que nos son inferiores.

Yo sé que entre el Creador y la creatura hay una distancia infinita que no salvará jamás ninguna grandeza; pero por haberse Dios unido al hombre por medio de María, la veo tan cerca de la Hermosura Increada, que entiendo, desvanecido por tan excelsa majestad, que la Madre Virgen es más que una simple creatura y que en ella hay cierta incomprensible infinidad, aunque confieso que respecto del Ser Supremo es la hechura predilecta de su brazo omnipotente, pues á tanta altura está, que únicamente el Todopoderoso pudo formarla, según Ella lo ha expresado magníficamente en un cántico inmortal. *Fecit mihi magna qui potens est.*

Débiles é insuficientes son mis palabras, Señores; pero confío en que cayendo sobre vuestra alma, despertarán en ella pensamientos elevados que completen mi concepto, así, algún trémulo rayo de luz descubre á veces, en la profundidad del océano, la existencia de las perlas más estimadas.

Me complazco pues en creer que interiormente me habéis ayudado para que presentara alguna de las glorias de María; ayudadme, igualmente, para demostrar que nos pertenece como Madre y como Reina.

II

Nuestra naturaleza, es inepta para conseguir el bien supremo que es la felicidad y lo es más tal como ahora la recibimos de Adán, porquellleva en lo íntimo de su ser un anatema de muerte. La inteligencia, inficionada por el error, desconoce el fin último; la voluntad, atrofiada por la soberbia, no quiere conocerlo, y se atribuye locamente á sí misma el objeto final de sus actos; y la sangre, agitada en la podredumbre de la carne como un oleaje impuro, arrebatada al hombre los miserables restos de dignidad que le quedaron en el naufragio que sufrió, y pone en su corazón apetitos salvajes que hacen del rey de la creación el digno compañero de las fieras indómitas.

La historia nos testifica esta terrible verdad presentándonos el género humano imbuido en falsas ideas acerca de Dios,

de sí mismo, del mundo; con profunda corrupción moral, siendo el hombre lobo para el hombre, según la enérgica frase de un filósofo; y si ejercitó algunas virtudes, se debió tan solo á que en la sucia vestidura de la humanidad, resplandecían aún destrozados girones de verdad y de justicia, reliquias de su pasada riqueza, como aparecen girones de lino y de seda en el harapos manto de un mendigo.

Nos es, por tanto, necesaria una naturaleza nueva; hacernos una nueva creatura, siendo engendrados de nuevo, naciendo nuevamente.

El Salvador explicaba este misterio al asombrado Nicodemo, que confundía el renacimiento espiritual, obra de la rehabilitación, con el nacimiento corpóreo; pero que, semejante á este, es verdaderamente una nueva generación y un nacimiento nuevo.

El mismo Salvador ha comparado la adopción de esta segunda naturaleza purificada, al acto de vestirse el traje nupcial para asistir al convite de bodas, y asegura que es de tan rigurosa exigencia, que el convidado que no se presente con él, no solo será echado fuera del convite, sino arrojado á las tinieblas exteriores.

¿Pero cual es esta naturaleza? La que Jesús sanó y purificó tomándola del seno original de la inmaculada María; por esto el Apóstol nos enseña en una de sus cartas, que ante Dios no vale más que la nueva creatura, y en otra, concreta en un precepto breve, en qué consiste ésta y como debemos hacernos hombres nuevos. *Vestíos, dice, de Nuestro Señor Jesucristo.*

Regeneración, renacimiento, nueva creatura que se adapta la naturaleza humana divinizada, tal es el resultado de la obra que reparó los estragos de la caída lamentable de los primeros días. Mas el que nace necesita una madre; y si el nuevo ser aparece con la vestidura del Dios Hombre, es absolutamente necesario que su madre sea aquella que fué la única digna de darlo á luz.

El evangelio, notadlo bien, Señores, no nos ha presentado á María, para relacionarla con nosotros, sino como madre nuestra; y este sublime acontecimiento se verificó en aquel día tremendo en que Jesús agonizaba en la cruz, y la Madre presenciaba su agonía; aquel día en que se creaban nuevos cie-

los y nueva tierra y en que aparecía al pié del nuevo árbol de la vida el hombre nuevo también.

María, pues, nos pertenece como madre. ¡Qué felicidad y qué dignidad la nuestra!

Nos pertenece, igualmente, como reina. ¿Y qué es una reina, Señores? La dignidad real, como toda soberanía, está compuesta de dos nociones fundamentales: la magestad y la autoridad. La magestad es el signo exterior, caracter impreso, que nos da á conocer la grandeza y respetabilidad de un ser, y la autoridad es la potencia de dirigir á alguien al bien y solo al bien. El objeto de esta facultad es tan necesario, que sin él, la majestad no es más que un falso brillo, y la autoridad un lamentable extravío; y es también la esencia, al grado que, cuando no se produce el bien, cambia del todo la autoridad y se convierte en una cosa que tiene un nombre abominable: la tiranía.

Aquella Isabel de las islas del Septentrion de Europa, que llenaba de cadalzos las plazas de sus ciudades y manchaba el armiño de su manto con la sangre de sus vasallos, no era una reina sino un tirano; más aquella otra Isabel del medía, que se desprendió de sus joyas, que tanto ama la mujer, para ensanchar las glorias de su patria, era una verdadera reina y el oro no es bastante elevado para grabar la memoria de acción tan ilustre. Dada la idea de lo que es la dignidad real, ocioso parece detenerse en comprobar que corresponde, en grado sumo, á la que mereció tener bajo de sí á todas las cosas creadas.

¿Qué magestad no corresponde á la Madre de Dios? San Juan la vió vestida del sol, coronada con las estrellas del cielo y teniendo á la luna como peana de sus piés.

Ella dió al linage humano la salud perfecta, dando al Hijo, que es la ley, la regla, el medio y el fin todos nuestros actos; y si oficio de la autoridad es dirigir el bien común, María dirigió no solo á la naturaleza humana, sino á la angélica hacia el bien que satisface por completo y aquieta con el supremo gozo, toda tendencia, bien que mayor, no lo concibe la misma inteligencia divina.

Así es que la Iglesia, maestra de la ciencia que nos conduce á Dios, la proclama reina en todas las fervorosas súplicas que dirige á su maternal clemencia. *Salve, Regina*, y la historia eclesiástica nos refiere que alguna vez, voces de án-

geles alabaron á María como reina al mismo tiempo que el cielo enviaba una nueva gracia *Regina coeli letare*.

Sí, es reina y comparte con su Hijo el imperio del universo; y para reconocerle la dignidad real y sentarla á la derecha de su trono, la solicitaba amorosamente *Veni coronaberis*.

Si es verdad que en el mundo fué hija de reyes y en el cielo es reina ¿qué hemos hecho nosotros coronando á su Imagen? ¿Habremos verificado una vana ceremonia? ¿sólo habremos dado desahogo á lo que la impiedad llama fanatismo, ó hablando en los términos positivistas de este siglo corrompido, habremos hecho un gasto inútil?

¡Oh espíritus ligeros que pasáis de frente sin examinar las causas y fundamentos de la cosas y queréis con una palabra insubstancial hacer vacilar y que caiga la roca incommovible, yo no hablo con vosotros; no he de entregaros el tesoro de nuestra alma, porque, miserables, no sabréis guardarlo!

Yo hablo á los que tienen fuerza en la inteligencia para conocer, potencia en la voluntad para amar y gratitud y generosidad en el pecho para corresponder al beneficio recibido.

Hay, Señores, una historia que abraza un periodo de más de trescientos años; esta historia se ocupa tan solo en narrar las misericordias que ha obrado la Madre de Dios para con esta ciudad y que le han sido otorgadas cuando la misma Señora es invocada como Salud de los enfermos. ¡Qué historia! Torrentes de amor para el pueblo patzcuareense y para todos los que confían sus miserias á quien puede remediarlas, y á quien quiere remediarlas si es llamada Salud: medicina para el enfermo y vida para todos y para la eternidad.

Del mismo modo que en el seno de la familia la amorosa madre tiene singular placer en conceder á sus hijos todas las satisfacciones que desean y no les son nocivas; así como su vida toda, está llena del cuidado que le merecen los pedazos de su corazón, también la amable Virgen de la Salud, fijos sus misericordiosos ojos en la ciudad de Pátzcuaro, la protege con su poder lleno de ternura; y solícita de su bien, vive con sus hijos participando de sus alegrías y de sus pesares, procurando aquellas y mitigando éstos con relación á la verdadera felicidad, hacia la que conduce con suave violencia.

Si los muros de su Santuario hablaran, y hablarán algún día, sabríamos hoy, todos los prodigios obrados por la bondad de la Madre y por el poder de la Reina. Tranquilidad

en la familia, amor entre los hermanos, sanidad en los enfermos, arrepentimiento en los pecadores, auxilio en la temible hora de la muerte, iris en la tempestad, remedio en la peste, recursos en las necesidades, alivio en toda miseria; tal ha sido quien es nuestra Salud.

Afortunadamente vosotros conocéis mejor que yo los prodigios que en incansable muchedumbre han hecho un nuevo pueblo escogido del pueblo á que pertenecemos; si yo los negara, me arrojaría de este lugar vuestra justa indignación, y mi propia conciencia me azotaría el rostro, mostrándome la vergüenza, mi falsedad.

Apenas formada la Imagen de la Salud, colocada todavía en el modesto altar del Hospital de Santa Marta, se vió, dice Francisco de Lerín, que asistía personalmente á los enfermos.

Cuando fué retocada, un sudor copioso bañaba su frente, y no cesó, hasta que rogada fervorosamente para que lo permitiera, se dignó conceder que se hiciera la reforma deseada; y aseguran testigos fidedignos que de los restos separados, se han hecho tantas imagenes de María, que reunida toda la materia de que se componen, formarían una, mayor que la original.

Mas ¿para qué cansaros? La historia de sus bondades no ha cerrado la última foja, y ahora como ayer, demuestra cuán grato le es á la Virgen Santísima, ser honrada en la Imagen que por dicha nuestra poseemos.

Preguntaréis que dónde están escritas tantas maravillas? En el alma, Señores, llevamos grabada su historia, y en el alma la llevaron también escrita nuestros padres.

Sus páginas las guarda cuidadosamente la gratitud que aviva el recuerdo del beneficio recibido y que engendra el amor que merece la bienhechora; por esto hoy, no pudiendo contenerse más, ha estallado el corazón en explosiones de apasionado sentimiento, y proclama especialmente como Reina nuestra, á la que tan particulares bienes nos ha prodigado.

La corona de oro y de piedras preciosas que ciñe su frente, no es más que un símbolo; la verdadera, la forman el amor y la gratitud de nuestro corazón.

¿Es, pues, cierto que nos amáis, Esperanza nuestra, hermosura en quien se complace el autor de toda hermosura? ¿Y

quién lo duda, si cada uno de nosotros llevamos dentro, el testimonio del amor que nos tenéis? ¿Y quién lo duda si ha sido confirmado vuestro amor por el mandato de Aquel que nos enseña aquí en la tierra los decretos del cielo?

Parecéme, ¡oh Señora! y así lo creo, que vos misma inspirasteis al Santo Obispo Don Vasco que modelara la Sagrada Imagen de la Salud. En ella habéis impreso en admirable consorcio, la majestad de la reina, la gravedad de la madre y el púdico candor de la doncella; así, con tan admirable aspecto, se refiere que os habéis presentado al sencillo neófito mexicano y á la afortunada virgen de Massabielle.

¡Cuánta belleza habéis acopiado en esta Santa Imagen vuestra! De la agraciada cabeza se desprende abundante el castaño cabello que cae en ondulantes rizos sobre los hombros como un velo que pliega y extiende la castidad; en los dulces y apacibles ojos hallamos la misericordia que nació de vos, y en la adorable sonrisa de su boca, la bondad que perdona los pecados. Nos enseña la oración y la plegaria con la actitud de las manos siempre unidas en fervoroso ruego; sus mejillas se cubren unas veces con el rubor virginal de la rosa, y otras, cuando nos amenaza la cólera divina, se cubren ¡Madre llena de ternura! se cubren con la casta palidez de la azucena.

Invocandoos como salud nuestra, ¡cuántas lágrimas habéis enjugado de las que nos hacen derramar los dolores del cuerpo y las desventuras de la vida, y cuántas habéis hecho brotar de nuestro corazón, para lavar y curar esas llagas vergonzosas que nos causan las acciones indignas que nos separan de vuestro Hijo y de vos!

Habéis hecho de nuestra ciudad, una ciudad famosa; por Vos, no es la más pequeña entre las ciudades mexicanas, porque aun en países lejanos, al ser vos invocada, se pronuncia con respeto su nombre, como el lugar donde reside vuestra corte.

¡Cuántos varones esclarecidos por su virtud y su ciencia han crecido al abrigo de vuestro manto azul! Yo quisiera nombrarlos á todos, porque todos os han amado; pero ya que la brevedad del tiempo no me lo permite, mencionaré á algunos de ellos. Muchos desearon ardientemente veros coronada, asistir á la fiesta que celebramos; pero no obtuvieron la dicha que tenemos. No la obtuvieron aquellos santos pere-

grinos que, arrostrando los ardores del estío y los helados aires del invierno, transitaban por ásperos caminos y recorrían las ciudades y las aldeas para recabar de vuestros devotos, el óbolo que destinaran para la fábrica de vuestro Santuario. Ni tampoco aquel celoso párroco que empleó todas sus fuerzas en propagar vuestro culto y á quien es fama que sanasteis de una grave enfermedad; él fué el primero que vistió á vuestra Imagen con telas de seda realzadas con bordados primorosos.

Y en nuestros días, no os vió coronada aquella inteligencia poderosa que cantó con boca de oro vuestras alabanzas y que inspirada por vuestro amor, afirmaba, me es grato repetir sus mismas palabras:

No moriré sin verte,  
Sino que en tu presencia dulce y cara  
Sucumbiré á la muerte,  
Viendo tu lumbre clara  
Y cómo tu bondad no desampara.

Y así fué concedido; y más cerca aún, aquel santo y humilde sacerdote que cifraba sus glorias en pasar los días al pié de vuestro altar procurando vuestra honra. ¡Ah! la muerte nos los ha arrebatado, pero vos, Señora, los habéis recogido en vuestro regazo para que perfeccionaran su amor, y algún día, los esperamos, comunicaremos con ellos estos mismos pensamientos contemplando arrobados vuestra original belleza.

¡Bendita seáis mil veces, porque os dignasteis conservarnos al ilustre Prelado que hace pasados treinta años gobierna dignamente la dilatada diócesis Michoacana! Llenadlo con la dulzura de vuestros consuelos y sostened su ancianidad con la fortaleza de la virtud siempre aumentada. El os ama y ha fomentado en nosotros el amor que os tenemos, él ha sido el promotor principal de este gran día de gloria para vos y de felicidad para nosotros, en que, al veros coronada, os saludamos con un grito de amor que arrancaba de lo íntimo de nuestro pecho.

Sed siempre nuestra madre, sed siempre nuestra reina; y ya que os habéis dignado afirmar en esta tierra el solio de vuestra magestad, no permitáis que alguna vez desmerezcamos tan grande ventura.

Ahora, tiempo es ya de que os rindamos el vasallaje que os es debido.

¡Patzcuarenses! veistíos con el traje de gala y acudid presurosos al besamanos real; preparad antes rica y esmeradamente todo lo que es necesario; llenad los pebeteros con granos de oloroso incienso, derramad toda clase de aromas y perfumes deliciosos que embalsamen el aire; regad el suelo con hermosas flores deshojadas y ensayad himnos y cánticos más bellos todavía que los que entonó Israel para celebrar la victoria de la valerosa Judith, porque María, nuestra Reina, mejor que lo que fué la heroína de Bethulia para los hijos de Jacob, es la alegría, es la honra y es la gloria de los hijos de esta ciudad.

Aprestad los instrumentos músicos más finos y que den más delicada armonía, y marchemos.....¿Pero qué digo? ¿Quién soy yo, Señora, para conducir hasta el pié de vuestro trono al pueblo que habéis elegido?

¡Levantaos, Monseñor, Pastor nuestro, augusto delegado del Soberano cuyo cetro está sostenido por la cruz de Cristo, levantaos! Inclínad el primero vuestra venerable cabeza cargada de nobles años ante la reina que habéis coronado y hacia la que se dirigen con vehemencia nuestros corazones; pedidle por nosotros, pedidle por vos, pedidle por nuestra Patria: pedidle que este dulce entusiasmo de nuestro amor que ella ha causado, no cese en el tiempo y perdure en la eternidad.

HE DICHO.

*Pátzcuaro, Diciembre 9 de 1899.*



®

PLEGARIA.

Por el Sr. Rector del Colegio del Sagrado Corazón  
Pbro. D. Rafael Nambo.

Augusta Reina, Virgen bendita,  
Madre adorada de la Salud!

Al presentarse tu pueblo amado  
Para mostrarte su gratitud,

Cuando contempla la dulce imagen  
Donde fijaste tu hermosa faz,  
Lleno de gozo, de amor henchido,  
Pobres y exiguos dones te da;

Y mientras ciñe sobre tu frente  
Esa diadema, que orna tu sien,  
Vé cual se elevan ante tu trono,  
Sonoros himnos de ardiente fé.

Propicia acoge su don sencillo,  
Modesta ofrenda del corazón,  
Y une á tus ruegos, esas fervientes  
Tiernas plegarias de su oración!

Ecos sin nombre, que al cielo suben,  
Que sollozando van hácia tí;  
Van empapadas en ese llanto  
Que tú acostumbras, Virgen! oír

Oye sus ruegos, ¡oh Virgen pía!  
Clemente acoge su tierno amor;  
Sobre él extiende tus manos puras  
Tus manos llenas de bendición.

A quien invoca tu dulce nombre,  
Y en tu largueza confiado está,  
Tus celestiales ojos le miran

Y esa mirada le da la paz.

¡Virgen querida, madre adorada,  
Tu eres la gloria de tu ciudad:  
Tierna cautivas sus moradores  
Con la mirada de tu bondad!

¿Como no darte, con alma y vida  
Cuantos tesoros tu amor nos dá?....  
Esos espesos bosques sombríos,  
Las sacras linfas del manantial,

Y nuestros prados, nuestras colinas,  
Y nuestro lago, limpio y azul:  
Todo eso es tuyo; te lo ofrecemos;  
Tómalo Reina, tómalo tú!

Y nuestras almas? Aquí las tienes  
¿Para qué dártelas si tuyas son?  
Dulce Señora, impera, manda  
Sé tú la Reina de nuestro de amor

En nuestras manos tú la pusiste,  
Y á tí volvemos la juventud  
Cuida, Señora, su inteligencia  
Se tú su amparo, se tú su luz

Qué no la manche, que no la abata  
De las pasiones el vendabal;  
Sé tú su Madre, ellos sus hijos  
Qué no te olviden ¡Virgen! jamás.

¡Augusta Reina, Virgen bendita  
Madre adorada de la Salud  
Cuanto tenemos te lo ofrecemos  
Tómalo, Reina, tómalo tú!



## DISCURSO

por el Sr. Pbro. Don Camilo Argüello Catedrático del  
Colegio del Sagrado Corazón de Jesús.

ILLMOS. Y RMOS. SEÑORES, SEÑORAS Y SEÑORES:

Es debido á vuestra munificencia y á los continuos esfuerzos de vuestra piedad el que se halla colocado en la limpia frente de María, aurea diadema. Le habéis ofrecido valiosa seda, oro, y piedras preciosas, lo más rico que la tierra produce y que encontró vuestro amor, no para constituirla reina es verdad, pues lo ha sido desde que en la mente divina fué predestinada para ser Madre del Rey de los reyes y del Señor de todos los que dominan; sino para satisfacer el justo tributo que su excelsitud merece. Al obrar así, no por haber pagado un tributo á la justicia, habéis dejado de hacer una obra extraordinaria y grandemente meritoria á los ojos de Dios y de su Santísima Madre, y yo abrigo como vosotros, la firmísima esperanza que ellos habrán aceptado complacientes la espontaneidad de vuestra ofrenda. Pero si vosotros habéis podido ofrecer ricos presentes, no de igual modo han conseguido satisfacer el vehemente deseo de su corazón, otros hermanos nuestros en el amor á María: los pobres, Señores, los pobres que suspiran y gimen por no poder tributar grandezas á su Madre y Señora, los pobres que acercándose silenciosos al arca de las pequeñas limosnas, depositan ahí el óbolo insignificante, con grande amor separado de su mísero jornal! Ellos ¿qué han ofrecido á nuestra Reina? ¿Cómo ha recibido ella tales dones?—No temo que tachéis por impropio del grandioso y brillante acto en que nos ocupamos, el os hable de los humildes dones del pobre y del agrado con que la Inmaculada Virgen los acepta. Se manifestará además como legítima consecuencia de mi discurso, que el impe-

rio de nuestra Reina celestial, no es un imperio ficticio; sino que verdaderamente, es María de la Salud dueño de todas los corazones que como Reina la proclaman.



No es de admirar que el Altísimo, al contemplar la irresistible belleza con que ha engalanado á su castísima esposa, haya dejado consignadas en el divino poema *El Cantar de los cantares*, aquellas efusiones tiernísimas de su amor: ¡Qué hermosa eres, amiga mía, qué hermosa eres.....Como de paloma, así son vivos y brillantes tus ojos.....Como cinta de escarlata son tus labios.....Dulce y sonoro es tu hablar..... Toda eres hermosa, amiga mía, no hay defecto alguno en tí. ....Heriste mi corazón con una sola mirada de tus ojos.....Son tus labios, esposa mía, panal que destila miel y es el olor de tus vestidos como olor de suavísimo incienso...." ¡Ah! sí, que de los labios divinos se desborden esos torrentes de armonía en alabanza de la reina del cielo, no causa asombro repito, porque, nadie sino Dios, puede apreciar debidamente esa sobrenatural hermosura con que á su munificencia infinita plugo enriquecerla. ¡Pero que el labio humano intente!..... ¡Oh Virgen Inmaculada! ¿Qué lengua podrá expresar dignamente tu belleza incomparable? ¿Qué alabanza será digna de tu gloria? y ¿qué ofrenda será justo tributo á la corona que orna tus castas sienes?... Sin embargo, Señores, es tanta la benignidad de nuestra madre, que no solo no desdeña, sino acoge con agrado y complacencia los frutos amorosos de nuestra miseria; y lo que es más, fiel imitadora de su divino Hijo, tiene su predilección y sus íntimas complacencias con los que son reputados por la nada de la tierra; quiero decir, con el pobre. Mirad si no, uno de los innumerables cuadros que en el Santuario de nuestra excelsa Reina estáis familiarizados á presenciar.

Es un pobre; con decir que lo es, ya está dicho que es más ó menos ignorante, ¿porque quién en México se cuida de enseñar al pobre? y que desde los albores de su penosa existencia, la miseria y el dolor han sido sus inseparables compañeros. No os detengáis, os ruego, en la repunante superficie de su mísero exterior, penetrad esa ruda corteza hasta el fondo de su corazón, donde os sorprenderán tesoros valiosos: ahí está

la fé incondicional cuya firmeza jamás han conmovido las inquietas vacilaciones de la razón orgullosa, ahí reina la dulce esperanza con sus más bellos atractivos, ahí admiráis en fin, su caridad que no es menos grande que su fé y su esperanza, porque es signo característico del amor la abnegación y el sacrificio, y el pobre lleva no pocas veces hasta el heroísmo su sacrificio y su abnegación.

Alguna vez, cuando Dios quiere aquilatar aquel espíritu, el habitual sufrimiento del pobre llega al término supremo: el padre de familia, el que á trueque de un rudo trabajo apenas podía llevar el necesario sustento para la vida de su esposa y de sus hijos, es herido por la enfermedad; debilitado yace en su miserable lecho, la fiebre devora con violencia el poco vigor que le resta, y el frío sudor de la muerte está próximo á invadirle.....¡Momento crítico aquel para la esposa! En vano anhela encontrar en todo lo que lo rodea, alguna esperanza, algún consuelo en su dolor; es pobre, y desgraciadamente esto lo explica todo. No le pidáis que acuda á la ciencia; fría y egoísta ¡cuán pocas veces desciende al mísero hogar del pobre. La caridad? La caridad.....gracias á Dios! ha bajado hasta aquella habitación; más por desgracia, la caridad cuenta entre nosotros con pocos recursos y los que pudo derramar ya se han agotado. ¿Qué hará la pobre mujer que ve arrebatársele con la vida de su esposo, su propia vida y la, para ella mil veces más preciosa, de sus tristes hijos?....¡Oh dulce fé cristiana! ¡Oh santo amor de María! Su inquieta mirada, que vagando por todas partes en nada se detenía, fijase de pronto en el lugar preferente de la rústica choza: ahí se levanta pequeño altar y en el centro de las flores silvestres que con graciosa sencillez le adornan, se deja ver una modesta imagen. ¡Para qué decir de quién es, si ya vuestro piadoso corazón habrá descubierto en ella, el dulcísimo semblante de María?....Idea feliz brilla en la mente de la angustiada esposa y sin esperar un momento, acerca á sus hijos, incluso el que lleva aún en sus brazos, los rodea del altar, ferviente súplica brota de sus labios, sigue un momento de silencio, de todos los ojos se desprenden abundantes y silenciosas lágrimas; con mirada llena de confianza nuevamente examina el rostro del enfermo, posa con suavidad la mano sobre la frente lívida del moribundo y éste incorporándose, abre los ojos, como si despertara de un pesado sueño, despliega sus labios y con grande entereza habla

carñosamente con la esposa y los hijos que aun enjugan sus lágrimas. Desde aquel momento, la esperanza reina en aquel lugar de desolación, multiplícanse las plegarias á las que enfermo se une con el corazón palpitante de ternura; por que los pobres, Señores, también aman, también sienten ternura; la muerte va retirándose paso á paso y al fin abandona su presa.

¿Porqué en tiempo tan breve se ha verificado cambio tan prodigioso? ¿Por qué el llanto de dolor se ha trocado en llanto de sobre natural alegría? Lo habéis comprendido, Señores, la Madre compasiva, la Reina soberana ha tomado posesión de aquel hogar, ha extendido su benigna mano sobre ese cuadro de luto; y donde María posa su planta, brotan lirios de las virtudes más puras y donde extiende su amorosa mano, se produce la salud, la salud no sólo del cuerpo sino la del alma; no sólo la del tiempo, sino también la eterna.

¿Quién después de tan bienchora influencia no la invocará como á el su madre con toda alma? ¿Quién después de experimentar ese poder sobrehumano no la proclamará su excelsa Reina?

Mas me olvidaba del pobre que que ayer yacía sobre en el lecho de muerte y hoy, recobrada por completo su salud, emprende larga y penosa peregrinación acompañado de su esposa y de sus hijos rebosantes de júbilo y piedad. Para realizar este ardiente voto, hecho el día terrible de su desamparo, ha tenido que desprenderse vosotros lo sabéis, de los escasos bienes, total producto de continuo y rudísimo trabajo... Los impíos clamarán: despilfarro fanático! desequilibrio estúpido....¡Dejadlos, Señores, nosotros sabemos que *el alma vale más que el alimento, y que á quién sencillamente busca el reino de Dios, todo lo demás se da por añadidura* (1).

¡Cuántas veces vosotros mismos tal vez con mirada indiferente habéis observado estas piadosísimas peregrinaciones! Acordaos:—no bien llega el pobre al atrio del Santuario de su Madre, se postra de rodillas y avanza. Son toscos sus movimientos, desaliñadosu porte; pero su semblante sereno, respetuoso y devoto le dá no se qué de solemne que inspira respeto y ternura. Nada de cuanto le rodea es capaz de distraerle de la única idea que le preocupa; en vano la ligereza ó la impiedad intenta detenerlo con maliciosa mirada y burlesca son-

(1) San Mateo cap. II.

risa; él sigue su ruta con imperturbable serenidad, llevando en su desnudo cuello tosco rosario que sin embozo alguno ostenta como su mejor blasón, y en su encallecida mano, la luz de blanca cera que admirablemente simboliza la pureza de su intención, el fuego de su amor y el tributo que rinde al dominio que la celestial Reina ejerce sobre su corazón.

Llega al fin al altar de María, y acercándose con veneración profunda, se inclina hasta tocar con sus labios el suelo donde se levanta el trono de su Reina; por algún tiempo permanece inmóvil y silencioso ante la grandeza de su soberana; pero recordando que ella es la misma compasiva madre que le tendió su mano para arrancarlo de la muerte, levanta sus ojos y fija su mirada en el apacible semblante de María. ¡Mirada incomprensible aquella, Señores, porque es á un tiempo la expresión más hermosa del respeto, de la confianza, de la ternura filial, de la angustiosa súplica y de la más profunda gratitud! Intenta balbucir una palabra, la que en medio de sus amarguras tantas veces ha dicho á María, pero anudándose su garganta, enmudece su labio y sólo se ven correr por sus tostadas mejillas, abundantes y cristalinas lágrimas.....

¿Qué extraordinario fenómeno se ha producido entre María y esa alma que verdaderamente la ama? Me es imposible describirlo, porque no es concedido al desterrado hablar el dulce lenguaje de la Patria. Solo sé decir que ese miserable, despreciado de la tierra, ha comunicado íntimamente con la Madre de Dios, que después de tan íntimo coloquio, se levanta grandemente consolado, y ante sus mismos ojos ennoblecido.

Se acerca por último al *cepo* de las limosnas y deposita ahí ese óbolo que Dios recibe con alegría, que su amor multiplica y al que se deben grandes obras en el mundo; dirige una postrer mirada á su madre celestial, pídele su bendición y con la paz en el alma y el júbilo en el semblante, sale resignado á sufrir la soberbia del mundo que le desprecia.....! ¿Verdad, señores que el pobre tiene muy grande abnegación porque ama mucho? ¿Verdad que María corresponde á ese cariño, bajo la forma más bella del amor, que es el consuelo? ¿Verdad que el imperio de nuestra excelsa soberana es universal, que lo mismo reina sobre los más encumbrado de los ángeles del cielo, que sobre los corazones más sencillos de la tierra?..

He concluido señores, y estimo en mucho haber intentado ser el intérprete del amor recíproco entre el pobre y la Vir-

gen Inmaculada. ¡Qué ella acepte con agrado nuestra humilde ofrenda es la única recompensa que ambiciono!

DIJE.

—  
O D A  
—

*en la Solemne Coronación de Nuestra Señora de la Salud que se venera en la Ciudad de Pátzcuaro.*

—  
¡Es hora de cantar! en este día,  
Triunfó la patria mía,  
La patria de Don Vasco, encantadora;  
¡Patria feliz del ínclito Prelado  
Que amante ha coronado  
De la Salud á la gentil Señora!

Abrid el corazón al entusiasmo,  
Y contemplad con pasmo  
Esa obra de la diestra omnipotente,  
Que ha sufrido del tiempo las injurias,  
Y que, hace tres centurias,  
¡Es de Salud, inagotable fuente!

¡Es Ella, sí; de Pátzcuaro la sombra!  
La que, de niño, nombra  
Nuestro labio ternura destilando;  
¡Es nuestra Madre, Madre de clemencia,  
Que nos dejó en herencia,  
De Quiroga el Apóstol venerando!  
Herencia sin igual; rico tesoro  
Ungido con el lloro  
De aquel de Obispos, reluciente espejo;  
Tanto Don Vasco nos amó, que dijo:

—¡Al cielo me dirijo! . . . . .  
Pero á mi Madre con amor os dejo!

Y nos dejó la Imagen bendecida  
Cuya frente, ceñida  
Hoy contemplamos de imperial corona;  
¡Fué nuestra Madre, desde aquel instante!  
Y, hoy, Pátzcuaro triunfante  
Himnos filiales en su amor entona.

Hoy, ante Ella, prostéranse de hinojos  
Mil almas; de los ojos  
En larga vena se desprende el llanto,  
Como de un manantial el agua pura;  
Llanto, sí, de ternura,  
¡De cariño filial, símbolo santo!

Y, ¿cómo no llorar de amor y gozo,  
Si Ella es el sacro pozo  
De cuyo seno brota el agua viva.?  
¿Sí es Ella nuestra luz indeficiente,  
Y de Salud la fuente  
Y el, amoroso imán que nos cautiva,?

¿Cómo no amarla con ardor, si es Ella  
De Pátzcuaro la Estrella  
Que le conduce al inmortal seguro;?  
¿Cómo no amarla, si es toda consuelo,  
Y es para nuestro suelo,  
De protección inquebrantable muro.?

¿Cómo no amarla?... ¡Sí! lo está diciendo  
El popular estruendo  
Con que á su dulce nombre aquí se aclama;  
¡Salud! repite numerosa gente;  
Y el eco, raudamente  
Por doquiera ese nombre desparrama.

¡Salud! dicen los valles y los montes;  
¡Salud! los horizontes

Con su gama de espléndidos colores;  
¡Salud! resuena en la modesta choza,  
Y, hasta el lago se goza  
De Salud escuchando los loores! . . . . .

Los poetas ¡Salud! cantando, dicen;  
Mil labios la bendicen,  
Y como á Madre, con afán la imploran;  
Ante su Imagen, los enfermos hallan  
Salud; y al verla, callan  
Los pobrecitos huérfanos que lloran.

¡Salud! dicen los labios del Prelado  
Que aquí la ha coronado;  
De Michoacán los próceres repiten  
¡Salud! . . . . ¡Salud! batiendo todos palmas;  
Y, cual fluido, á mil almas  
El nombre de Salud, luego trasmiten!

Pátzcuaro de salud lleno se encuentra,  
Porque en él se concentra  
El amor de esa Virgen bendecida  
Que, ha tres centurias, por su dicha cela;  
¡Ella es la blanca vela  
Que le empuja á la tierra prometida!

¡Sí; todos como á Madre, la aclamamos,  
Y férvidos la amamos! . . . . .  
La luz de su semblante nos recrea;  
Mucho por ella el corazón palpita . . . . .  
Pues que, de ésta bendita  
Virgen el nombre, ¡nuestra gloria seal

*Salamanca, 4 de Nbre. de 1899.*

VICENTE DE P. HINOJOSA.—PBR0.

“MADRE SALUD Y REINA”

ESTROFAS.

I  
¡Salve pueblo inmortal! ¡quién no se inspira  
En tí cuando respira  
Entusiasmos espléndidos tu frente?  
¿Cuando en tu seno idílico campea  
La Reina de Judea  
El más rico tesoro de occidente?

II  
Pareces el Edén de los amores  
Do entre buqué de flores  
Ve el alma de pasión arrebatada,  
Cuando al impulso del amor palpita,  
A la Virgen bendita  
Por el nuevo Israel idolatrada.

III  
Dulce esperanza, y bella y seductora  
La que á tu alma enamora,  
Tras de la cual tu corazón se afana  
Amándola con fé pura y sencilla;  
Que es para tí la Virgen sin mancilla  
Madre, Salud y Reina Soberana.

IV  
Sí, Ella es tu madre; de esperanzas lleno  
Reposas en el seno

—27—

De aquella que te amó desde la cuna;  
Tú en la dicha ambicionas sus abrazos;  
Entre sus dulces brazos  
Vas á llorar tu mísera fortuna.

V

¡Ah! porque Ella es la mística hermosura,  
El astro que fulgura  
Anunciando la senda al peregrino,  
Fuente de amor que á disfrutar le invita,  
Orel del Israelita,  
El raudal de sus ondas cristalino.

VI

Es muy grande su amor, si nadie escucha  
Tu súplica en la lucha  
Cuando el dolor el alma te taladre,  
No desmayes cobarde en tu agonía,  
Vuelve el rostro á María  
La flor de Nazaret: Ella es tu Madre.

VII

¿No es Ella tu Salud? Cuando se oprime  
Tu corazón y gime  
Desde el profundo abismo de tus penas,  
Esclavo del dolor que te devora,  
¿Qué mano bienhechora  
Quebranta tu aflicción y tus cadenas?

VIII

¿No es Ella la que alivia al infelice  
Cuyo labio bendice  
En su dolor la mano que lo calma?  
Sí, Ella, bálsamo santo á toda herida  
Te vuelve con la vida,  
Del cuerpo la salud y la del alma.

IX

Sí, es tu salud, estrella Redentora  
Cuya luz bienhechora  
Te aparta del abismo funerario;  
La que ves en el templo de amor llena,  
Es la blanca azucena  
Que viera Nazaret en el Calvario.

X

La misma que en el Gólgota gemía  
Cuando el Eden se abría  
Brindando su mansión á los mortales;  
Es la Virgen amante que te llama  
Y sobre ti derrama  
De salud y de dicha los raudales.

XI

Cuando presa de bárbara tortura  
Te oprima la amargura  
Y amenace ponerte en desconcierto,  
En Ella otro Moisés ha de mostrarte  
Como firme valuarte,  
La serpiente de bronce en el desierto.

XII

Y es tu Reina también, es la Señora  
En quien tu pecho adora,  
Tu luz y tu esperanza y tu alegría;  
Que encierran de tu historia los blasones  
Mil nobles corazones  
Que entusiastas proclaman á María

XIII

Cual reina con incienso la regalas,  
La adornas con las galas

Que existen en la gloria y en el suelo;  
Con la Asiática seda y con el oro,  
De la tierra tesoro,  
Con fé y amor que habitan en el cielo.

XIV

Reina augusta y gentil, de vuestra historia  
Sol radiante de gloria  
Que vence de los tiempos el encono:  
Del pasado quedó solo una huella  
Ella, tan solo Ella  
Se levanta inmortal sobre su trono.

XV

¡Oh tú, dulce esperanza seductora,  
Pura y naciente aurora  
Que anuncias de la dicha la mañana,  
Dirige con tu luz al navegante  
Que te aclama incesante  
Madre, Salud y Reina Soberana!

XVI

¡Y tú, noble Nación, remonta el vuelo! . . . .  
Ves brillar en tu cielo  
Otra estrella más pura y sonriente?  
Sabes que es una Madre que te adora  
Y que tu amor implora  
Mil ósculos gravándote en la frente.

XVII

Y tú inflamado en místicos ardores,  
Le pagas sus amores  
Oprimiendo su imagen en tus brazos,  
Y al ósculo materno que te imprime,  
Respondes con sublime  
Y casto amor y místicos abrazos.

XVIII

Es Ella tu Salud; y Ella que ansía  
Volverte la alegría,  
Anhela que la pidas sus favores,  
Y tú con ansia y con amor la llamas  
Y en pos de vida clamas  
Desde el profundo mar de tus dolores.

XIX

¡Pero vales aún más...! Eco de gloria  
Que no quepa en la historia  
Y que vuele veloz de zona á zona,  
Entusiasta y armónico repita  
Que á tu Reina bendita,  
Ha ceñido tu amor una corona

XX

Nada iguala en valer á esa diadema  
De tu entusiasmo emblema,  
Do está de tu pasión el fuego escrito:  
Si el precio de las joyas y del oro  
Es un rico tesoro,  
El precio de tu amor es infinito

XXI

Bosques llenos de sombras y poesía,  
Torrentes de armonía,  
Inmortal esperanza que redime,  
A mi lira dictad vuestros cantares,  
Espacio, tierra, mares  
Y cuanto Dios formara de sublime

XXII

Nación cuanto preciosa idolatrada  
Que á la Virgen Sagrada

Coronas en la tierra, corazones  
Embargados de amor y bienandanza,  
Ella es vuestra esperanza  
En Ella compendiad vuestros blasones

XXIII

Cuando en los mares con hendida quilla,  
Vuestra débil barquilla  
Cruja al rigor del huracán violento;  
Si no distingue el luminoso faro,  
¿Dónde hallará un amparo  
En medio de las ondas y del viento?

XXIV

¡Pobre nauta que vuela á la ventura,  
Cuando en la noche oscura  
La furia audaz del áquilón la azota!  
Si no está cerca de la ansiada orilla,  
¡Desdichada barquilla!  
Zozobrará desmantelada y rota.

XXV

Nauta infeliz el que sin luz avanza  
Perdida la esperanza,  
Sin Redención, sin faro y sin piloto,  
¿Qué será de su vida y de su esquite?  
Sobre oculto arrecife  
La furia audáz lo arrojará del noto.

XXVI

Mas tú, pueblo inmortal, tú cuyos ojos  
Matinales sonrojos  
Contemplan en la aurora que convida,  
Cruzas de dicha y de esperanza lleno  
Con el rostro sereno  
Las procelosas ondas de la vida

XXVII

Tú no puedes temer; luz meridiana  
La Virgen Soberana  
Derramará mostrándote su huella,  
Y el Edén inmortal de la alegría  
Te anunciarán un día  
Los resplandores tibios de tu estrella.

XXVIII

Y la Madre de Dios, esa diadema  
Que de amor en emblema  
Con regocijos á ofrecerle vienes  
Llena el alma de mágicos anhelos,  
Adornará con joyas de los cielos  
Y amante la pondrá sobre tus sienes.

XXIX

¡Salve pueblo inmortal! ¡Salve mil veces!  
Cuán grande resplandeces  
De júbilo llenando nuestra historia,  
Tú, que al dar á tu Reina una diadema,  
Has colmado el poema  
De tus fastos espléndidos de gloria.

XXX

Poema que cantar debiera el arte  
Dejando, al ensalzarte,  
En pos de sí las vaporosas nubes;  
Que ese triunfo inmortal que al hombre inspira,  
En su celeste lira,  
Modularlo debieran los querubes.

XXXI

Y tú, bella esperanza seductora,  
Pura y naciente aurora

Que anuncias de la dicha la mañana,  
Dirige con tu luz al caminante  
Que te aclama incesante  
Madre, Salud y Reina Soberana.

A. M. D. G.

*Tirso Sáenz.*



LA CIUDAD DE PATZCUARO

Á SU EXCELSA REINA.

*ODA compuesta por el Señor Lic. Don Rafael Gómez.*

Aquí estoy á tus plantas, soy aquella  
Que en el cristal del lago azul se mira,  
Y de fragante sierra, libre de ira,  
En cimientos altísimos descuella:  
De Taríacuri bravo  
Monumento de glorias, y recreo  
De Caltzontzin, que, al cabo,  
Teniendo en poco el militar arreo,  
Su valor olvidando y realeza,  
Al Español humilla su grandeza:

La que responde á su destino augusto  
De combates heróicos y de gloria,  
Coronándose siempre de victoria:  
La que lleva en su seno sin disgusto,  
Hospitalario instinto,  
Y ennoblece magnífico, primero  
El grande Carlos Quinto;  
Y luego Fray Valencia, misionero  
Períncito, ¡ventura soberana!  
De bárbara y gentil hace cristiana.

Tú me conoces bien, no necesito  
Quien soy decirte, Madre Inmaculada;  
Sobre la tierra y en los cielos, nada  
Se esconde á tu mirar, dulce y bendito.  
Vengo á tí, jubilosos

El alma y corazón, á saludarte  
Con cánticos gloriosos,  
Y con cultos insólitos á honrarte.  
¿Por qué tal novedad? Tú lo adivinas,  
Pues á mí con amor, blanda te inclinas.

Tiempo há que todo cuanto escucho y miro,  
Todo cuanto en redor toca la mano  
En azulado monte, en verde llano,  
Y cuanto con placer gusto y aspiro,  
En singular lenguaje  
Me habla de una jornada nunca vista,  
Dispuesta en tu homenaje,  
Que únicamente á Satanás contrista,  
Y le pone en febril desasosiego,  
En los abismos del eterno fuego:

El pájaro cantor, en nuevos trinos  
Que suspenden el ánimo; en arrullos  
Las fuentes, y en dulcísimos murmullos  
Los mansos arroyuelos cristalinos;  
Las plantas y las flores  
En süaves perfumes y fragancias;  
Los aires en rumores  
Misteriosos, y raras resonancias;  
Y los hombres en frases á que han dado  
De mística ovación significado.

Lo que hoy me regocija explica todo,  
Y en el que alumbra esplendoroso día,  
Me dá clara razón de una alegría  
Que no conoce límites ni modo.  
Por los continuos bienes  
Há mas de tres centurias á este suelo,  
Coronaron las sienes  
De la Imagen Sagrada, en que el anhelo  
Y devoción del inmortal Don Vasco,  
Te hizo adorar del etnico tarasco.

Mis hijos por natura, que los tuyos  
Son por amor, en extendida zona,

Querían para tí, régia corona,  
De gratitud en los ensueños suyos;  
Régia corona de oro  
Y abillantadas piedras, que anunciara  
En el rico tesoro  
De su luz, que eras Reina asáz preclara,  
Reina de gran poder, Reina absoluta  
Del que te implora, ó tu favor disfruta.

Pero, Virgen, temieron ofenderte,  
Y cometer sacrilego atentado  
Contra el Trono de Dios immaculado,  
Del Dios tres veces santo, del Dios fuerte,  
Presentando una ofrenda  
Que, como de la tierra, nada vale  
A Virgen que en la tienda  
De los cielos se alza y sobresale,  
Como olorosos cedros en collados,  
Entre mirtos humildes y granados.

Mas Roma habló, y al punto sus temores  
De ardentísimo amor, ¡feliz mudanza!  
Se tornaron, de plácida esperanza,  
En potentes alientos y en ardores.  
Aunque á la excelsa altura  
Oro y piedras preciosas son pobreza,  
Cuándo en ellos fulgura  
Un haz de corazones, son riqueza,  
La mayor, y lo digo aunque no cuadre,  
Que forme las delicias de una madre.

Arcángeles, Patriarcas y Profetas,  
Y Apóstoles y Mártires, y luego  
Confesores y Vírgenes, fuego  
Sintiendo de su afecto y sus saetas,  
Su Señora la aclaman,  
Y acepta la diadema reluciente  
De los que tanto la aman,  
Mostrando gozo y júbilo en la frente.  
Así acepta la vuestra, patzcuareños;  
¿Y cómo nó, si de su amor sois dueños?

Díganlo las pasmosas maravillas  
En mil enfermos sin cesar obradas;  
Enfermos que buscaron sus miradas,  
O que en su altar doblaron las rodillas.  
Díganlo los que en llanto  
Sumergidos, de súbito, cubiertos  
Con la orla de su manto,  
Hallaron á su mal consuelos ciertos,  
Cuya oculta virtud alegra al triste,  
Y de vívidas luces lo reviste.

De ciudades y campos con pavora,  
Truena la guerra fraticida, muerte  
Y exterminio sembrando, de tal suerte  
Que á tanto horror, ya falta sepultura;  
Tan solo á los devotos  
De su Sagrada Imagen, que prometen  
Para su templo ex-votos,  
Las sanguinarias furias no arremeten;  
Y sálvanse, en maneras no creídas,  
Libertad y fortunas, honra y vidas.

En extrema aflicción andan las gentes,  
Porque las nubes tórnanse enemigas,  
Y llevan su humedad á otras espigas,  
Y las nuestras marchitan, inclementes,  
Negándoles el riego  
Que es sangre de ellas, y será mañana  
Nuestro pan. Basta un ruego  
A la madre de Dios, y la lejana  
Nube, en hilos de plata cae al monte,  
Y con su pompa cubre el horizonte.

Casi desesperado, el que ha ofendido  
Aleve á su Criador, á eterna pena  
Se vé sujeto, pues la copa, llena  
De iniquidad, rebosa. Así perdido,  
Pide celeste ayuda,  
A la Virgen clemente alza los ojos,  
Y entonces ya no duda  
De su perdón; abate las hinojos,

Y al llorar su pecado, la esperanza  
Pone, en sus labios, himnos de alabanza.

En interior combate, los dos hombres  
Sostienen lucha heroica, y del camino  
Porque se llega al inmortal destino,  
Olvidan las veredas y sus nombres:  
Es que pasiones fieras,  
Con ímpetus los ciegan y acobardan  
En diversas maneras.  
Ella los vé luchar, y, porque guardan  
De su afecto confusa la memoria,  
Uno hace de los dos, para la gloria.

Todas estas finezas son prodigios,  
De su excelsa bondad ópimos frutos,  
De los amplios poderes absolutos  
De Privada de Dios, claros vestigios.  
Con razón en el día  
De sus triunfos, el ánimo se exhala  
Del pueblo, que confía  
En el amparo maternal de su ala,  
En éxtasis de gozo y de ventura;  
Y en glorias sueña, y paz sin fin augura.

Con razón el alegre campanario,  
Sus armónicos bronceos sonar hace  
Con suavidad que place, como place  
Himno triunfal en resonancias vario:  
Y las plazas y calles,  
De púrpura se visten y de oro,  
Que al monte y á los valles,  
A lo léjos, parecen un tesoro  
"Hoy hallado, de tantos como encierra"  
En sus senos graníticos la tierra:

Cintas de luz escalan las esferas,  
Y globos de dibujos esquisitos,  
Y estallidos, en número infinitos,  
Turban la dulce paz de sus praderas;  
Se libra gran combate

En alturas al hombre inaccesibles,  
En donde nada late,  
Y son las mismas guerras imposibles:  
Asisten á él, sin susto ni temores,  
De esta tierra los mansos moradores.

De tanta novedad á ser testigos,  
Vienen pueblos de límites remotos;  
Y toman tripulantes y pilotos,  
Parte en la fiesta, con ardor de amigos.  
Por la Virgen bendita  
Todos preguntan, y sin verla, juran  
Devoción infinita,  
Y luego sus favores aseguran,  
Orando, fervorosos, en su templo,  
De sus antiguos hijos al ejemplo.

Al fin sonó la felicísima hora  
De la coronación, tan deseada;  
La histórica basílica, inundada  
Está de luz, envidia de la aurora;  
De dulces armonías  
Cadenciosos y plácidos torrentes,  
Difunden alegrías  
Hasta en ánimos tristes y dolientes,  
Y hacen saltar de gozo los collados  
Y estremecer los montes encumbrados!

La van á coronar: ya dos grandezas  
De esta tierra, que son su honra y decoro,  
Suben al trono de la Reina, de oro  
Ricas mitras luciendo en las cabezas.  
Doblados los hinojos,  
A Dios elevan fervoroso ruego,  
Y los amantes ojos  
En la Sagrada Imagen fijan luego;  
¡Y lágrimas de júbilo derraman,  
Y Reina la pregonan y la aclaman!

De plácemes están, de parabienes,  
Y en éxtasis se sienten abismados

Al circundar, los ínclitos Prelados,  
Con la diadema, las virgíneas sienes.  
Su inefable ventura  
Por nada de la tierra trocarían,  
Pues élla les augura  
El logro de la única que ansían  
¡Patzcuareños, juradle vasallaje!  
¡Vuestras almas rendidle en homenaje!

¡Con las de todos hoy purificadas,  
Formadle una corona más preciosa!  
Oyendo estoy que os dice cariñosa:  
"Si en el oro y las piedras, engastadas  
Con arte y primor, veo  
Ricas piedras no más, y oro lucente,  
El imperial arreo  
Aquí mismo me arranco de la frente,  
Y el amparo iré á ser de adoradores  
Que, de Reina, hacer sepan los honores."

¡No, no, mil veces no! ¡Reina, Señora,  
Todos claman! En estas latitudes,  
Nuestras almas, asientos de virtudes  
Resolvimos hacer, antes de ahora,  
Sin otro fin, que el santo  
De ofrecerte, con ellas, nuestra nada,  
Hoy que resuena el canto  
De tu triunfo, en la tierra por tí amada.  
¡Tuyos somos en alma y corazones,  
Madre clemente, no nos abandones!"

No sé que ven en el gentil semblante  
De la Virgen, que á todos regocija,  
Y que al creyente robustece, y fija  
La ya dudosa fé del vacilante.  
Igual el alborozo  
Es en todos; y son las esperanzas,  
El entusiasmo, el gozo,  
Los mismos, ¡este cambio derrepente.....  
No tiene explicación, pero se siente!

Sin duda vieron lo que vez alguna,  
Haber visto refiere gente seria:  
Cuando á la tierra aflige gran miseria,  
Guerra crüel ó peste la importuna,  
O el vicio vil la enviste  
Con su pompa de escándalos oscura,  
Pálido el rostro y triste  
Muestra la Concebida en gracia y pura.  
Pálida así se torna en quinta amena,  
Si sopla el cierzo helado, la azucena!

En otras veces pasa lo contrario.  
De carmín, sus mejillas se coloran,  
Y sonreír parecen, cuando oran  
Y acuden en tropel á su Santuario,  
Por bienes recibidos  
A tributarle gracias, los devotos;  
Cuando en plazas y ejidos  
Se honra al Señor, y en límites remotos  
En donde menos Dios, todo Dios era,  
Y luego Cristo reina, Cristo impera.

Fuera cabilaciones, conjeturas,  
Que son recurso inútil, ante el hecho  
Del regocijo universal, que el pecho  
Hoy regala, con célicas dulzuras.  
El demuestra y publica  
Que la Reina del cielo se ha dignado,  
En sus bondades rica,  
Aceptar vuestro obsequio con agrado.  
En su día de gracia, ¿qué no puede?  
Cuantos bienes pidamos nos concede.

Siempre amarla juremos; y, de hinojos,  
Roguémosle nos ponga en el camino  
Que lleva á Dios, nuestro último destino,  
Dicha y pasmo del alma y de los ojos;  
Que si algo nos apena,  
Nos cobije, benigna, con su manto,  
Y siempre de amor llena,  
Nos asista en el gozo, ó en el llanto;

En borrascosos mares, ó en el puerto;  
En pobladas regiones, ó en desierto:

Que á esta Ciudad, en sus amores vieja,  
Y que siempre vivió bajo su ejida,  
Hoy del error y el vicio combatida,  
En manera especial ame y proteja:  
Que á la innúmera gente,  
Aquí atraída por la justa fama  
De sus prodigios, cuente  
Entre sus nuevos hijos, y la llama  
De su amor arda en ellos, y en aludes  
Desciendan á sus almas las virtudes:

Que bendiga al Pastor, digno Jerarca,  
Celoso, como nadie, de su culto,  
Y sus años aleje del insulto  
Con que le amaga la terrible parca:  
Que, benévola, alargue  
Un tiempo, y otro, y más, la vida suya,  
Sin que nada le amargue.  
Sí él muere, nada habrá que sustituya  
El celo ardiente y devoción notoria,  
Con que se afana en aumentar su gloria:

Y que colme, por fin, de bendiciones,  
Al cantor de su triunfo en este día;  
Que dé á su fé la luz y la energía  
Que cárceles no espantan ni leones,  
Y preste á su esperanza  
La fortaleza de blindada nave.  
Como incendio que avanza  
Torne su caridad, hasta que acabe  
De sus días la suma. ¡Y tienda el vuelo  
Y llegue á Dios por Tí, Puerta del cielo!



## DISERTACIÓN HISTÓRICA

POR DON FRANCISCO BANEGAS GALVÁN, PRESBITERO

ILUSTRÍSIMOS SEÑORES:

SEÑORAS Y SEÑORES:

Adviértese á poco que se considere el orden providencial desarrollado en los sucesos humanos, que Dios ha querido que fuese la Santísima Virgen María el manantial fecundo de donde brota la civilización de los pueblos. El nombre de esta Reina augusta preside, en efecto, toda época que desenvuelve acontecimientos fecundos para el bienestar sólido de las naciones; y no hay pueblo de la tierra, por más humilde que sea, que no encuentre en la tradición de sus orígenes, la dulce figura de María impartándole sus favores. Yo veo su nombre bendito en la primera página del Evangelio, que es juntamente el código de la civilización de la tierra y la historia de su principio en los pueblos; lo encuentro después en el cuna de la cristianización de Grecia y de Roma, de Africa, de las Galias y de Hispania. Advierto su mano en la formación de la nueva Europa después de la catástrofe del mundo romano y ¿habréis olvidado que el primer nombre de nuestra historia culta es el de María de Guadalupe, y que es nuestra patria la primogénita de Cristo en este continente? De este modo, Señores, lo mismo en Asia que en Europa, y en Africa que en América, se han verificado estas palabras de la Escritura Santa puestas por la Iglesia en boca de María: *Dominus possedit me in initio viarum suarum.*

Huelga decir que se cumplió lo mismo en esta comarca de Michoacán, y que aquí también como en todas partes, los orígenes de la Iglesia y de la civilización fueron gemelos y tu-

vieron por Madre á María. ¿Pues de qué mente se habrá borrado tan dulce historia? ¿No ha colocado ayer nuestro augusto Pontífice á nombre del Rey de las almas, del Jerarca supremo de la tierra, preciosa corona sobre las sienes de esta Imagen Sacratísima que presidió aquí la fusión de dos razas, que extinguió los odios y apagó las pasiones de oprimidos y opresores, que alentó benéfica á aquel varón insigne, padre y fundador de nuestra Iglesia, para que pudiera combinar elementos tan contrarios y resultara aquella sociedad tan perfecta, tan cristiana, tan ideal, que es hoy el asombro de cuantos de cerca la contemplan?

Representaros, Señores, la conmovedora historia de aquellos hombres y de aquella época es el objeto que ocupará la atención que bondadosos me prestáis. ¿Pues de qué cosa más alhagüena puede hablarse á una familia que de las glorias de sus abuelos?

Ahora, Señores, permitidme un desahogo íntimo que os explicará por qué me he unido de todo mi corazón á esta solemnidad que, si es de toda la Iglesia de Michoacán, más especialmente á vosotros pertenece. Recuerdo que aquí y bajo la protección de esta Virgen recibí al Espíritu Santo como fortaleza para resistir los ataques del enemigo de las almas y como potestad para publicar el Evangelio en la Iglesia de Dios; á vosotros pertenece el Pontífice que ungió mis manos con el óleo santo para consagrarme sacerdote del Altísimo, y de quien he recibido muestras de paternal cariño y consideración sin límites; aquí nació y aquí reposan las cenizas queridas del que fué padre de mi inteligencia y de mi corazón; y por fin, Señores, fué vuestra insigne patrona quien, prolongando la vida de mis padres según la carne, calmó la aflicción más grande que en mi vida he sufrido. Entonces le prometí algún pequeño homenaje en esta su gran solemnidad y vengo á cumplir mi voto. ¡Cuán pobre aparecerá entre los fervidos vuestros, entre los grandemente meritorios de esos sus hijos más humildes, más pobres, que he visto cruzar arrodillados las calles de esta ciudad para ofrecerle en su santuario, sencillísimo cantar que por su humildad conmueve y enternece!

La adquisición de Michoacán para la corona de España presenta caracteres especiales que no quiero juzgar, pero que le

dieron mayor derecho á la protección de los monarcas Iberos y que, por consiguiente, aumentaron el horror de la bárbara colonización de esta comarca.

Caído el imperio Azteca, recordáis que Tzintzincha prudente ó temeroso, rindió vasallaje al ilustre Emperador Carlos V, quedando desde entonces por tributario del César Español, el indomable pueblo de los michihuanes. Quiero creer que por honrar á esta nación, D. Hernando Cortés, tomó por encomienda, Erongarícuaro, Puácuaro y Tzintzónoro, barrios todos de Tzintzuntzan corte del monarca michihuano que quedó siendo una especie de señor feudal de sus dominios.

No temáis que me extienda en la narración de estos sucesos; seré brevísimo en los que atañen á mi asunto. Años después volvió Tzintzincha á México, y asombrado por el esplendor del nuevo culto y conmovido por las virtudes de los misioneros, se convirtió al cristianismo y pidió al venerabilísimo Fray Martín de Valencia, religiosos franciscanos que evangelizaron esta región. Fueron los enviados, cinco varones apostólicos presididos por el Santo Fray Martín de la Coruña cuyas cenizas guarda este suelo.

Un espectáculo verdaderamente asombroso se vió entonces. Imaginaos, Señores, vuestro hermoso lago circuido aún de sus esbeltos pinares cuyos restos son todavía admirables; reanimad en vuestro recuerdo las polvorosas ruinas de la trístísima Tzintzuntzan, levantad el palacio del rey, los *cues* de los dioses, las murallas de la ciudadela; revivid á Tzintzincha y á su corte de guerreros indómitos; esparcid por último en estos valles y en estos collados que tanto conocéis, cuarenta mil michihuanes de piel de bronce y músculos de acero que apoyados en su arco contemplan con estupor, el no visto espectáculo de cinco extranjeros que en nombre de un Dios nuevo, destruyen los patrios templos, arrancan de su altar las antiguas divinidades y las arrojan al fuego ó sepultan las más preciosas en el fondo del lago que silencioso admiraba tanto atrevimiento; y habréis presenciado la escena más instructiva quizá, de nuestra historia. ¡Al día siguiente bajo el limpio cielo que nos cobija, se elevó por primera vez la hostia incruenta de nuestros altares, y los grandes primero y el pueblo después, acudieron presurosos á las purificadoras aguas del bautismo! ¡Nunca la historia había presenciado conversión tan rápida ni desgraciadamente tan efímera!

Por desgracia no todos los conquistadores y pobladores de nuestra patria, tuvieron las levantadas miras de Cortés no bien se hubo apoderado del imperio Aztecatl; así es que al faltar este capitán por su desdichada expedición á las Hibue-ras, estallaron entre los españoles que habían venido, aque-las terribles pasiones, causa de aquel desorden, de aquellos crímenes y maldades sin cuento que caracterizan el gobier-no de Albornoz, de Estrada, de Peralmindez y Salazar. Época negraísima que fué seguida de la no menos espantosa de la pri-mera audiencia. Durante ellas, levantáronse hasta el trono español terribles acusaciones contra Cortés. Carlos V, a-mante siempre de la justicia, mandó abrir el célebre juicio de residencia que al fin fue seguido por el encarnizado enemigo de Cortés, Nuño de Guzmán. Embargole entonces sus bie-nes, quitóle sus encomiendas, y estas de Michoacán vinieron á poder de Juan Infante partidario y cómplice del oidor. Sa-béis que la corte de España, nunca sorda á las quejas de la justicia, tan luego como lograron llegar á sus oídos los crí-menes de Nuño, ordenó su residencia, quien queriendo eva-dirla, emprendió la conquista de Jalisco, pasando para ello por este reino de Michoacán. ¿Quién pudiera describir sin horror lo que entonces aquí pasó? La crueldad, la felonía, la infamia y la traición se pusieron al servicio de la más desenfrenada avaricia. Entonces fué cuando Calzontzin fue lentamente asa-do por varios días, entonces los indios fueron duramente esclavizados por feroces encomenderos, y llevados por millares á perecer de hambre y de cansancio en los caminos de Jalisco y de Colima. Y fué también entonces, Señores, cuando estos indios abandonaron la vida social y la fe cristiana y huyeron errantes por las selvas solitarias para escapar á tantos horro-res. Fray Juan de S. Miguel los vió impudicamente desnudos huyendo de los religiosos, vueltos á la idolatría y sumergidos en la embriaguez y el venerable Sr. Zumárraga afirma que por esta época pensaron los religiosos Franciscanos abandonar esta misión viendo la inutilidad de sus esfuerzos. Y no juz-guéis que fué poco el celo de aquellos apóstoles; por el con-trario, hicieron uso de cuantos medios á su alcance estu-vieron: rogaron, suplicaron, castigaron, sin alcanzar éxito alguno.

Hé aquí, Señores, fielmente trazadas las circunstancias del momento histórico en que el insigne D. Vasco de Quiroga a-parece con toda claridad en el lleno de su vocación providen-

cial. Momento verdaderamente crítico en la civilización de nuestra patria, porque los michoacanos tramaban oculta su-blevación. ¿Y qué hubiera sido de los conquistadores, si aho-ra más que nunca estaban divididos sus ánimos y separados sus ejércitos? ¿Y quién asegura que al ejemplo de estos in-dios no hubiera sido imitado por todas las razas de la Nueva España? ¿Hubieran podido vencer las huestes castellanas?..... La obra, pues, de nuestro primer Obispo fué verdaderamente grandiosa y de trascendencia imposible de pesar. Vosotros conocéis cómo la llevó á cabo: en medio de las dificultades del *encomendero*, del poblador y del salvaje.

No participo del odio que á raíz de la independencia se pro-fesó sin discreción alguna á todo lo de la conquista; más aún opino que el principio de la *encomienda* fué eminentemente bueno y eminentemente cristiano. Reunir á los indios, suje-tándolos al poder de un Español cuya obligación principa-lísima era doctrinar á sus subordinados en la religión de Cristo, lo que le daba derecho de percibir retribución conve-niente en trabajo del indio, hé aquí Señores, el principio de la *encomienda*. No se ocultaron al prudentísimo Cortés los gra-ves inconvenientes de este sistema; por el contrario su previ-sión hizo que lo rodeara de reglamentos tales, que previstas quedaron las horas de enseñanza y de trabajo, la clase de ocu-paciones en que podían emplearse los indios y las prácticas religiosas á que diariamente estaban obligados. ¿Quién no ha sentido conmoverse su corazón cuando en las mañanas de Pri-mavera al descubrirse apenas los primeros rayos del sol, es-cucha en nuestros campos, entre el primer murmullo de la na-turaleza que despierta, ese canto lleno de melancolía religio-sa y de esperanza cristiana que entonan los campesinos an-tes de comenzar sus trabajos? Pues al conquistador de Méxi-co se le debe esa costumbre prescrita en su reglamento de *en-comiendas*. ¡Lástima que los límites que me he propuesto no me permitan exponeros todas las disposiciones de esas mag-níficas ordenanzas que si hubieran llevado á cabo, habrían salvado á la raza indígena no sólo de la muerte, sino también del vicio y de la ignorancia en que hoy desgraciadamente yace!

Pero no todos los españoles que aquí vinieron participaban de tan generosa idea, y por desgracia para Michoacán, los que aquí poblaron antes del Señor Quiroga, eran el tipo exac-

to del repugnante *encomendero* pintado por el Ilustrísimo Señor Las Casas. Pensad, Señores, á qué excesos no llevaría el deseo de enriquecerse nacido en un hombre ruin, que había emprendido para alcanzar la riqueza largo y penoso viaje en medio de privaciones y de miserias, que había expuesto su vida á los horrores de una lucha cruentísima y que miraba la posesión de una *encomienda* como el anhelado principio de su riqueza. Y según el testimonio de antiguos cronistas, no uno sino muchos vinieron á Michoacán movidos por la fama de las riquezas que aquí había. El venerable Señor Quiroga tuvo que emprender contra ellos reclamaciones enérgicas y juicios en forma para arrancarles su presa; y no era este sólo el mal de los encomenderos. Los indios habían abrazado, es cierto, la fe católica cuando su rey se convirtió, pero no habían tenido tiempo aún de estudiar siquiera medianamente sus verdades, ni de fortificarse con sus prácticas, así es que al ver á aquellos hombres, adoradores del Dios nuevo, cometer tantas infamias, del odio del hombre pasaron al de la religión que profesaba, y así se explica su apostasía y la resistencia que por siete años presentaron á los celosos trabajos de los primeros misioneros.

No es que quiera extinguir toda luz para que no brille más que la de mi héroe, ni tampoco que culpe á los apóstoles primitivos de Michoacán; pero es preciso estudiar todas las circunstancias para comprender una época y yo encuentro en la crónica del Padre Beaumont estas palabras: "Aparece por" "los dichos de todos los testigos naturales y principales de" "aquella Provincia . . . . que los frailes de S. Francisco les" "predicaban las cosas de Dios y que eran muy aquejados los" "naturales para que fuesen á rezar é oír misa é sermones, é" "los azotaban é hacían otras diligencias para que vinieran" "al conocimiento de Dios Nuestro Señor y se dejasen de sa-" "crificios é idolatrías." Yo creo, Señores, notar alguna imprudencia en este celo, pues pareceme que precisamente por no estar afianzados en la fe, aquellos azotes, lejos de atraerlos los alejarían de los misioneros, dado el carácter bien conocido de estos naturales. En el encuentro otra dificultad que tuvo que vencer el Sr. Quiroga. El indio es taciturno, silencioso y poco amante de la sociedad, estas dispeticiones son muy aptas para fomentar ingentes pasiones, y desgraciadamente son el resentimiento y la venganza, muy naturales á estos indige-

nas. ¡Con qué intensidad no se levantarían en su pecho después de las injurias del encomendero! ¡Que resistencia no opondrían á fundirse con la sangre de los que por tanto tiempo habían sido sus crueles enemigos!

Admirad, Señores, el poderoso influjo de la prudencia y de la caridad cristianas que buscan en el mal mismo la fuente del remedio. Beneficiar á los indios derramando sobre ellos los tesoros de un corazón paternal, tratarlos con la ternura de una madre y con la generosidad de un corazón de santo, fueron los medios poderosos que fundaron esta ciudad y esta Iglesia. Mirad, Señores, en este mismo lugar elevábase un templo de los michihuanes; ahora se levanta la primera catedral de esta Provincia que algún día había de ser Arquidiócesis, cerca de ella, á uno y otro lado como impartiendo á ambos igual protección, están el Hospital y el Colegio, el primero para los indios, el segundo para los españoles, y según la mente del fundador los educados en el colegio deben ser ministros de los recogidos en el hospital, los rectores del colegio deben ser patronos del hospital, y de estos dos centros brotó la felicidad de este reino. ¿Quién no se conmueve al contemplar la caritativa fundación de los hospitales? Carlos V. les dió el verdadero nombre llamándoles *Pueblos hospitales*, porque no eran una casa, sino un pueblo en donde se había realizado el ideal de la sociedad cristiana, Chateaubriand ha inmortalizado en su "Génio del Cristianismo" las reducciones del Paraguay: pues ciertamente, Señores, que el grande apologista cristiano hubiera visto con igual asombro estos hospitales de Michoacán. La autoridad aquí era electiva, debiendo recaer la elección entre los jefes de familia, de los cuales se nombraba quien tuviera encargo de regir en lo temporal, quien vigilara por el cumplimiento de los deberes religiosos de los asociados y quien tuviera encargo especial de las pequeñas finanzas del pueblo. Un campo más ó menos extenso que era de todos, rodeaba la población y también había en cada choza pequeños predios que eran de cada uno: el campo común lo labraban todos y servían sus productos para satisfacer las necesidades de los socios, consagrándose lo restante al culto y á los pobres. Para el servicio del templo destinábanse por turno hombres y mujeres que semanariamente cuidaban de su limpieza y aseo. ¡Qué conmovedor debe haber sido verlos renovarse en el servicio! Entraban al templo

quienes habían sido honrados con tal distinción, las doncellas coronadas de flores, quemando aromáticos perfumes y entonando en su dulce y sonoro idioma el *Ave Maris stella* y el *Pange lingua* de nuestra liturgia. Para fomentar la caridad cristiana y estrechar los lazos de la vida social, celebrábase de tiempo en tiempo un verdadero *agape* donde comían todos en común, sencillos manjares preparados por las doncellas que cerca del templo vivían y sazonados con la conversación y los cantos espirituales.

No puedo, Señores, detenerme más, en la narración de este idilio apostólico que no fué propio de uno ú otro pueblo, sino que perteneció á todos los del lago y de la sierra. La hermosura de vuestros ricos paisajes, la limpidés de vuestro suelo, lo benigno de vuestro clima y la encantadora rusticidad de lo que es primitivo, formaban digno marco á este magnífico cuadro de sencillez y de virtud cristianas.

No bastaba, Señores, atender á los conquistados sino que solicitud más asidua necesitaban los conquistadores para arrancarles la licencia que la guerra y el dominio producen. Era necesario para la formación de esta Patria, borrar hasta el recuerdo de Nuño de Guzmán y de sus cómplices, lo que si mi imaginación no me engaña, influyó grandemente en el poderoso ensanche que Don Vasco dió á esta ciudad, trayendo vecinos nobles y temerosos de Dios, y en el empeño que puso en la fundación de su Colegio de S. Nicolás Obispo, donde habían de educarse, según el pensamiento del fundador, los hijos de la raza dominante, en las letras, es cierto, pero más en el amor de los conquistados; para esto solicitó de S. Ignacio de Loyola el advenimiento de la Compañía, recientemente fundada, alcanzó privilegios del rey para esta ciudad, y con tanto celo trabajó en el aumento del clero, que al cabo de cinco años de erigido el obispado, ya pudo instituir su catedral dándole constituciones y proveyendo la mayor parte de sus beneficios.

Quedaría incompleto este estudio si no me remontara á la causa primera de tanto progreso. No se sabe con rigor la fecha, pero sin duda fué por los años de 1533 á 38 cuando el Illmo. Sr. Quiroga, encantado por las bellezas de este sitio, levantó los cimientos de esta ciudad y mandó construir la Santa Imagen de vuestra querida patrona. Su origen fué humilde como el de todas las cosas grandes, su artífice ignorado, para que

su hermosura no fuese la belleza de la tierra; su materia, en fin, frágil, porque con el poder de Dios iba á vencer los tiempos. No os diré, porque vosotros perfectamente lo sabéis que desde entonces comenzó á derramar pródigamente sus favores sobre los enfermos y los necesitados de consuelo. Señores: el indio, el pobre indio que tanto los necesitaba, que vivía despreciado y moría de miseria en los caminos, que no había visto ojos que lo miraran con ternura, ni manos que lo abrazaran con amor, cómo se adheriría á ella con todo el amor de su corazón atribulado! ¡Y después, cuando gracias á esta Reina ya gozaba de los beneficios de la civilización ¡cómo vendría á darle gracias y derramar ante sus plantas en oraciones y cantares tiernísimos, las efusiones de su corazón! Han pasado cuatro siglos y los restos decadentes de la antigua raza conservan aún, vivísimo como el primer día, el amor á su Madre María de la Salud. Ayer, cuando ya coronada hacía su marcha triunfal, ¿no los habéis visto Señores, cómo rompiendo toda consideración social, se acercaban á besar la fimbria del manto de la Reina, cómo le presentaban sus pequeñuelos, cómo se ponían bajo su manto? . . . . . Con los ojos arrasados he visto tan conmovedores episodios y he creído en la regeneración de esa raza!

Desde el pobre nicho del Hospital de Sta. Marta difundiose como perfume precioso, el olor de sus milagros y pronto atrajo hacia su humilde trono al español rico y poderoso que también necesitaba del auxilio de esta madre. Y desde aquel día mezcláronse bajo la dulce mirada de esta Virgen, dos razas que habían sido enemigas y hubo en Michoacán *un sólo rebaño* y *un sólo pastor* que con el pecho rebosante de ternura bendecía esta unión feliz.

De esta suerte, Señores, bajo la poderosa influencia de María de la Salud, brotó la civilización michoacana, porque sólo ella pudo cambiar los corazones infundiendo el respeto en los unos, la resignación en los otros, la fortaleza en los apóstoles y el amor en todos. Nosotros, herederos de aquellas dos razas, reconozcamos sus beneficios, bendigamos su amor y proclamémosla nuestra Madre y nuestra Reina.

*Pátzcuaro, 9 de Diciembre de 1899.*

A. M. D. G.

Véndese este folleto al precio de 25 centavos ejemplar en la Tesorería de los Caballeros de Ntra. Señora de la Salud y en el Establecimiento del Sr. D. Ramón Carranco.

IDAD AUTÓNOMA DE NUEV  
CCIÓN GENERAL DE BIBLIOTEC